

¡GRACIAS!

Homilía en el Te Deum Ecuménico de Fiestas Patrias

18 de septiembre de 1982

Homilía pronunciada por su Obispo auxiliar

Introducción

Es una gran alegría para mí, elevar la acción de Gracias de la Patria a Dios – que por la revelación de Nuestro Señor Jesucristo- es el Padre de todos.

Lo hago a nombre de nuestro querido Arzobispo de Santiago Cardenal Raúl Silva Henríquez, quien al término de su extraordinaria misión de Pastor, se encuentra en Roma poniendo a disposición del Padre de la Iglesia, el cargo que le fuera encomendado hace 21 años como padre y pastor de la Iglesia de Santiago.

Hermanos, si todo lo que Dios hace por el hombre es amor gratuito, la primera palabra del hombre a su Dios ha de ser siempre: “¡GRACIAS!”.

Agradecer es un acto propio de la inteligencia y de la fe. Es reconocer que en toda verdad y vida, en todo acontecer humano, aun en el más doloroso y menos comprensible, está presente ese Dios cuya misericordia y fidelidad son eternas.

La acción de gracias es uno de los elementos centrales del culto religioso. Omitirla, es señal de pagana soberbia. El hombre, o el pueblo, que pretenden no tener nada que agradecer a Dios o a los demás hombres, no esperen recibir nada, tampoco, de Dios y de los hombres.

1.- Agradecer

Que nuestra primera palabra, por eso, sea ahora y siempre “¡GRACIAS!”. “TE DEUM LAUDAMUS”: a Ti, nuestro Dios, llegue nuestra gratitud humilde y regocijada. Reconocemos y proclamamos que todo don perfecto, todo cuanto hay en nosotros de vida y esperanza, todo el amor que hemos dado y recibido; el cáliz, también, que hemos bebido sin desfallecer en la angustia, la cruz que hemos llevado sin escandalizarnos de Ti, todo es obra de tu amor gratuito: Padre rico en misericordia, principio y fin de la historia, luz y salvación de tu pueblo!.

Decimos “¡GRACIAS!”, también, a quienes nos acompañan en esta hora y lugar. *A los responsables del bien común temporal*, porque su presencia es signo de apertura a las voces del Señor. *A los pastores y representantes de credos religiosos*, porque orando juntos testimonian que la unidad es posible, y que la fe en Dios es el soporte y garante más firme de la paz, objetivo supremo

de la patria. *A los embajadores de naciones amigas*, porque nos necesitamos y nos queremos, y no podemos construir nuestro destino patrio sino en solidaria comunión de bienes, intereses y espíritu.

Gracias, de modo particular, *a nuestro pueblo de Chile*. El es el sujeto, el fin, el fundamento, el protagonista indispensable y en cierto sentido principal de las instituciones, humanas y divinas, que nosotros representamos. Las leyes, el Estado, la autoridad, el poder, la Iglesia, los sacramentos: *todo es don de Dios para servicio del hombre, para edificación de su pueblo*.

¡Qué ejemplos admirables de silenciosa grandeza nos regala Dios en nuestro pueblo de Chile! Su entereza y fe para sobrellevar catástrofes naturales; su generosidad espontánea en compartir solidariamente lo que se tiene con el más necesitado; su capacidad de aceptar sacrificios cuando los entiende como exigidos por el bien común; su atención preferente hacia la vida más débil, el niño desnutrido o lisiado, el anciano desvalido, el enfermo, el preso, el cesante; la fortaleza de sus mujeres, el idealismo de sus jóvenes —a quienes queremos servir con abnegación y profundo desinterés— el ansia común y siempre creciente de Dios, experimentado cada día más como el Padre cercano y bueno; el anhelo de crecer, de saber y ser más; su firme-voluntad de paz, justicia y condena de toda forma de violencia; su aprecio y defensa del valor capital de la familia en el proceso educativo y en la transmisión de la fe, son algunas de las innumerables lecciones diarias de sabiduría y de amor por las que hemos de decir “¡gracias!” a nuestro pueblo de Chile, y a Dios, nuestro Padre.

En el nombre de Cristo, que agradece como hecho a Él todo servicio prestado al hombre que sufre, y lo recompensa con vida eterna, decimos también “¡GRACIAS!” a quienes, como autoridad o como particulares, en organizaciones públicas o en iniciativas privadas, en su labor profesional o en compromisos voluntarios, realizan obras de justicia y de misericordia a favor de nuestro pueblo. Dar a cada uno lo suyo; poner a cada uno en situación de satisfacer su derecho a nacer, a comer, a aprender, a trabajar, a creer; posibilitar el acceso a una morada digna del hombre y de su familia, y a los medios de conservación y sanación del don divino que es la vida; educar, capacitar, recrear el cuerpo y el espíritu mediante la práctica deportiva y el quehacer cultural; proteger al jurídicamente indefenso; acompañar y alentar al solitario; apoyar en su dolor a aquellos que por diversas razones deben vivir como forasteros lejos de la patria; hacer más expedita la justicia; rehabilitar al preso; mantener viva la conciencia de la dignidad humana y testimoniar con obras la fe divina: todo eso que se hace para servir al pueblo, y en modo particular a los más débiles y más pobres, es servicio que se presta a Cristo. (Cfr. Mt. 25,31-40).

La Iglesia lo reconoce y agradece, en nombre del Señor.

2.- Ofrecer

Junto a la acción de gracias, es propio de todo culto religioso ofrecer y entregar a Dios todo lo que el hombre tiene. Hoy, en el día de la patria, ponemos

nuevamente a Chile en las manos de Dios.

Si nuestra patria chilena es obra del gratuito amor de Dios, es de justicia que la restituyamos a quien es su único dueño, Señor y Salvador.

En esta restitución y consagración de Chile a su Dios nadie debe temer un despojo, o una pérdida dolorosa.

Pertenecer a Dios no significa abdicar de la propia responsabilidad en la construcción de la historia. Significa hacer la historia junto con Dios, con el pensamiento de Dios, con la luz y la fuerza divina. La divina providencia no convierte al hombre en objeto pasivo: lo necesita y exige como instrumento libre. Normalmente Dios habla, gobierna, sirve y santifica al hombre mediante el hombre. Todos nosotros hemos de ser ministros de la providencia divina, embajadores de Cristo.

Restituir la patria a Dios significa decir: ¡Queremos construirla nosotros contigo, nosotros según tu voluntad, nosotros como intérpretes y ejecutores libres de lo que Tú piensas sobre el hombre y la sociedad, sobre la justicia y la paz, sobre la libertad y el amor! ¡No queremos una patria según nuestros planes humanos, necesariamente limitados y caducos, sino inspirada en esa imagen divina del hombre que Tú nos ha revelado en tu Hijo Jesucristo!

Ponemos nuevamente a Chile en las manos de Dios. Las manos de Dios son esencialmente creadoras, infatigablemente activas. Poner a Chile en las manos de Dios significa dejar de lado toda falsa resignación, todo cansado fatalismo, toda pasividad y derrotismo. Las manos de Cristo trabajaron la madera, multiplicaron el pan, dieron vista a los ciegos y oído a los sordos, defendieron la santidad del Templo, comunicaron perdón, amistad, paz. Sólo los clavos de la Cruz pudieron inmovilizarlas. Pero aún y sobre todo entonces, las manos de Cristo siguieron siendo creadoras y activas, convirtiendo el dolor y la impotencia humana en la más potente oración que la tierra haya dirigido al cielo.

Ponernos en las manos de Dios significa reactivar la esperanza. Las manos y el espíritu de Dios formaron el Universo a partir de la nada, crearon al hombre a partir del barro, cambiaron su corazón de piedra en corazón de carne, vencieron el pecado mediante el sufrimiento de Cristo, vencieron la muerte resucitando a Jesucristo.

Nada es imposible para el hombre que se pone, por la fe, en las manos creadoras de Dios.

Y si el hombre sintiera, como muchos de nosotros sentimos, que a la hora de ofrecer algo a Dios casi no se posee otra cosa que limitaciones y fracaso, enfermedad o angustia, frustración y carencia, entonces es precisamente eso lo que, en gesto de suprema confianza, debemos poner en las manos divinas.

Cuando los hombres le entregamos a Dios lo que realmente somos y tenemos, Dios responde entregándonos lo más precioso de su ser divino: su hijo,

Jesucristo, Luz y Salvación del mundo.

El sufrimiento de la patria se convierte así en inagotable fuente de esperanza. Podemos, entonces, gritar con San Pablo: “si Dios está por nosotros. ¿quién contra nosotros? Si a su propio Hijo lo entregó por todos nosotros, ¿cómo dejará de otorgarnos, con El, todo favor?”. (Romanos 8, 31-32).

Hubo un hombre que puso y entregó, en las manos de Dios, todo lo más precioso que tenía, lo que él más amaba: su hijo. Estuvo incluso dispuesto a consumir él mismo el holocausto que lo privaría del hijo.

Pero la mano de Dios detuvo su intento y le concedió, como respuesta a su entrega de fe, una fecundidad pasmosa, similar a las arenas del mar y a las estrellas del cielo.

El hombre se llamaba Abraham. Es nuestro padre en la fe y nuestro maestro de esperanza. Su nombre significa: padre de una multitud.

Todos los que nos sentimos llamados a ser padres de un pueblo, padres de una familia, padres también de una patria incesantemente recreada, hemos de caminar con la misma fe y esperanza de Abraham: dispuestos a grandes sacrificios, ciertos de la fidelidad y omnipotencia divinas.

3. Escuchar

En todo acto de culto religioso es indispensable que el hombre escuche a su Dios.

Porque Dios habla: en la Biblia, en la Iglesia, en los signos del tiempo, en la comunidad, en

el santuario de la conciencia. Dios habla, sobre todo, en su Hijo Jesucristo, Palabra eterna de Dios.

Escuchar a Dios que nos habla en Jesucristo, y obedecer a esa Palabra es signo de suprema sabiduría y fuente de inagotable felicidad. La casa del hombre fundada sobre la Palabra de Dios tiene fundamento de roca y permanece enhiesta en el huracán.

Para que el edificio de la patria pueda afrontar, con solidez inmovible, los rigores de un tiempo pródigo en cataclismos naturales y sociales, hemos de perseverar, atentos y dóciles, en la escucha de la Palabra de Dios.

Hay un testigo y maestro fiel de esa Palabra, a quien nuestra familia chilena profesa particular gratitud y estima: *el Papa Juan Pablo Segundo*. Acoger sus sabias directrices de paz, como lo ha hecho el Gobierno de Chile en el caso del diferendo limítrofe austral, abre un camino seguro para edificar la patria sobre el fundamento de roca de la Palabra divina. Con igual actitud creyente quisiéramos poder enfrentar todos los demás problemas de la vida nacional.

3.1- Vida y persona humana

La primera Encíclica del Santo Padre quiso enfatizar el *valor sagrado de la vida y persona humana*.

Desde el primer instante de su concepción hasta el último de su existencia natural en el tiempo, la vida humana es sagrada: queda excluida de todo arbitrario poder supresivo, investida de dignidad inviolable, merecedora de todo respeto y cuidado, de todo debido sacrificio.

Creado por Dios, asumido y redimido por Cristo habitado por su Espíritu, dotado de naturaleza espiritual y de esa libertad que es huella y semejanza divina, todo hombre es persona. *En esa calidad tiene derechos y deberes que le son consustanciales, inviolables, irrenunciables.* El hombre –nos dice el Papa- es siempre un sujeto, nunca un objeto; siempre un fin, nunca un medio; siempre una meta, jamás una etapa.

Todos los caminos de la Iglesia –afirma el Papa- todos los caminos de la patria –nos atrevemos a afirmar nosotros- conducen desde Cristo al hombre. El hombre es nuestro camino primero y fundamental; el respeto de su vida, de su dignidad, de sus derechos y deberes fundamentales ha de ser el esquema esencial de nuestro examen de conciencia, y constituye la materia decisiva en la escena del juicio final de Cristo a los hombres.

Ese profundo estupor, ese religioso respeto ante el valor divino de lo humano se llama Evangelio, se llama cristianismo.

Por eso la guerra es, en palabras del Papa, un fenómeno absurdo y siempre injusto; un camino peligroso, regresivo, antihumano. Con mayor razón lo es el terrorismo.

Por eso todo *atentado contra la vida –homicidio de cualquier clase, aborto, eutanasia –toda violación de la integridad de la persona humana –como la tortura moral o física- toda ofensa de la dignidad humana, toda carencia de respeto a la libertad y responsabilidad de la persona son –en palabras del Concilio- prácticas infamantes, que degradan la civilización humana, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador (Gaudium et Spes, 27).*

La paz –había dicho Paulo VI- es el otro nombre de la vida. Los grandes enemigos de la vida son los grandes obstáculos a la paz.

3.2- Justicia

Pero la paz es, también, fruto de la justicia. “Vista desde el Evangelio, la justicia no es sólo el hábito de dar a cada uno lo suyo. La justicia va más allá de lo meramente legal. Es la urgencia de amar y hacer respetar el derecho del prójimo, tal como ama y exige uno respeto a sus propios derechos.

La injusticia es enemiga de la paz, porque el hombre violentado en sus derechos siente germinar en sí el resentimiento y la contraviolencia. ¡Cuánto

cuidado debemos tener de no empujar a los justos y no violentos al camino de la destrucción y el exterminio del orden social: la senda de la violencia!.

Es de justicia que todo hombre tenga acceso a los bienes indispensables para la vida, y que el Creador destinó al uso común. Una vía concreta de acceso a esos bienes es el *trabajo*, debidamente remunerado.

Trabajar es un deber y derecho natural. La imposibilidad de cumplirlo deteriora gravemente la condición del hombre, altera negativamente la convivencia familiar y genera peligrosas potencialidades de conflicto social.

Es de justicia que todos nos empeñemos, sin distraer tiempo ni energías en recíprocas acusaciones ni estériles polémicas, por afrontar con soluciones constructivas, con políticas globales y con iniciativas privadas, este mal del desempleo que a todos nos duele, y que más allá de cierto límite reviste –en palabras del Papa- *carácter de calamidad social*.

Otras metas o etapas pueden postergarse, otros medios utilizarse, otros objetos u objetivos sacrificarse: *el hombre, nunca*.

Es también de justicia reconocer la *hipoteca social* que grava la propiedad de nuestros bienes, y ayudar, no sólo con lo superfluo, a satisfacer la necesidad y derechos de quienes viven en extrema pobreza.

Un estilo de vida sobrio y solidario: la disposición pronta a comunicar lo que se tiene con los que nada tienen; preferir el trabajo productivo a la inversión especulativa y a la riqueza fácil; dar trabajo antes que limosna; abstenerse de lujos y ostentaciones que ofenden al pobre; en una palabra, redescubrir la espiritualidad del compartir, características de la fe evangélica, nos parece un imperativo de conciencia nacional.

3.3- Familia

El Papa nos propone un tercer camino y fundamento de la paz: DEFENDER LA FAMILIA.

¡El futuro de la humanidad se fragua en la familia! La patria, nuestra patria, será lo que sean sus familias.

Que el Santo Padre haya escogido a un obispo chileno como Secretario Ejecutivo del Pontificio Consejo para la Familia, merece interpretarse como un claro designio divino: Chile debe distinguirse, en el concierto de las naciones, por su amor, defensa y promoción de los valores morales y culturales propios de la familia.

Pocas personas, pocas actividades construyen tan sólidamente la patria, como aquellas que se consagran a robustecer la comunidad familiar, asegurándole vivienda digna, trabajo, salud, educación y sobre todo fe.

Una sociedad sana, una civilización del amor sólo pueden edificarse sobre una

familia vigorosa, basada en el matrimonio fiel e indisoluble.

El flagelo nacional del alcoholismo, la drogadicción y la pornografía destruyen la familia y con ella la sociedad. Aquí no caben la pasividad, la tolerancia ni el permisivismo moral o legal. La mayor riqueza de la nación, su patrimonio ético está en la familia. Todo el que sienta responsabilidad por la patria tiene, como primera tarea, defender el santuario de la familia.

4. Pedir

Concluyamos ya esta reflexión de fe sobre la patria. Concluyámosla con una plegaria encendida de esperanza.

La esperanza cristiana que nos orienta hacia la libertad, único destino para quienes somos hijos de Dios. Libertad de nuestros pecados, de nuestras esclavitudes y de todo cuanto oprime al hombre.

Nuestra esperanza no es pasividad, sino que ella engendra la decisión de trabajar eficazmente por darle presencia anticipada a lo que se espera. Nos eleva de una confianza en nosotros, a la confianza en la Gracia de Dios.

Tenemos mucho que pedirle a Dios. En rigor, todo. Sabemos que el El existimos, por El nos movemos y somos. Sin El, no podemos hacer nada.

Queremos pedirle, como lo manda la Escritura, por todos los depositarios de la autoridad –tanto civil como religiosa–; que el Espíritu de Dios los colme de sabiduría, prudencia, justicia y misericordia, en su indispensable misión de construir la unidad y la paz.

Queremos elevar nuestra oración al cielo, pidiendo el don de la reconciliación fraterna, del perdón recíproco, de la apertura confiada de unos a otros. Que este encuentro común en la casa de Dios sea signo de nuestra voluntad de encontrarnos y reconocernos como hermanos, más allá de nuestras discrepancias, en la fuerza de nuestra fe en el Dios que es Padre de todos!

Queremos pedir lo mismo que nos atrevemos a prometer: “Construir en Chile la civilización del amor”. Porque sólo el amor construye una civilización. Queremos profesar que creemos en el amor como la fuerza más poderosa en el universo. Más poderosa, por cierto, que el odio, que el miedo, que la violencia. Porque creemos en Dios Padre Todopoderoso. Y Dios es Amor.

Quiero terminar estas palabras citando al Papa Juan Pablo II cuando se despedía de su Pueblo en su visita apostólica de 1979.

“Os ruego:

- que no perdáis jamás la confianza, que no os dejéis abatir, que no os desaniméis;
- que no cortéis por vuestra cuenta las raíces de nuestros orígenes.

Os ruego:

- que tengáis confianza, a pesar de vuestra debilidad; que busquéis siempre la fuerza espiritual de Aquel en quien tantas generaciones de nuestros padres y de nuestras madres la han encontrado.

No os separéis jamás de Él.

No perdáis jamás la libertad de espíritu, con la que Él hace libre al hombre.

No despreciéis jamás la caridad, que es la cosa más grande que se ha manifestado a través de la cruz, y sin la cual la vida humana no tiene raíz ni sentido.

Os pido todo esto:

- en recuerdo y por la poderosa intercesión de la Madre de Dios”.

En esta hora de gratitud, imploramos a María Santísima, la Virgen del Carmen, la madre y reina de todo el pueblo chileno, su especial intercesión para poder hacer de Chile una gran nación de hermanos.

ASÍ SEA

Santiago, 18 de Septiembre de 1982